

# El defensor de la Nacionalidad

SALVADOR CAMACHO ROLDAN\*

---

La vida del gran patriota y hombre de estado con cuyo nombre encabezamos estas líneas no cabe dentro de los estrechos límites de este periódico. Si bien no pertenece, como los de Berbeo, Alcantuz, Galán y Nariño, en Nueva Granada, y Miranda en Venezuela, a la primera categoría de los *iniciadores* de la revolución de la Independencia, —si no fue un caudillo, como Bolívar, ni un legislador como Camilo Torres y José Félix Restrepo, ni un filósofo y diplomático como Zea, el Franklin de Colombia,— el nombre de Santander está más íntimamente ligado que el de ningún otro a la obra de la fundación de la República y de la construcción de los primeros cimientos de instituciones políticas sobre que reposa nuestra actual nacionalidad. Santander fue el genio organizador de Colombia durante el segundo período de la guerra de la Independencia, y el grande administrador del primer período de paz en la Nueva Granada.

La grandeza de su figura histórica data de 1818, del año de crisis suprema en la lucha de América contra el poder de España. En los dos años anteriores la madre patria, libre ya de las guerras napoleóni-

---

\* Fue eminente hombre público en el siglo pasado. Ocupó todas las dignidades oficiales y fue pre-candidato a la Presidencia de Colombia. Es el iniciador de los estudios sociológicos en Colombia.

cas que la habían anarquizado desde 1808, había hecho el último esfuerzo para reconquistar sus colonias americanas insurreccionadas. México había sucumbido; Guatemala y el Perú estaban aún dominados; Buenos Aires estaba libre, pero comprendiendo que su libertad era solidaria de la Presidencia de Charcas (Bolivia), al Norte, y de la de Chile, al Occidente, había enviado sus guerreros a órdenes de San Martín, a asegurar allí el éxito final de la lucha, y la victoria de Maipú coronaba sus esfuerzos el día 5 de abril de 1818.

Colombia, entretanto, había sido sojuzgada desde 1816. El ejército peninsular dominaba sin contradicción en la Presidencia de Quito, en todo el Virreinato de Nueva Granada, y sólo a merced del genio militar de Piar —el vencedor en el Juncal, el Paso del Cauca y en San Félix—, los independientes eran dueños de la parte baja del Orinoco, en donde eran ya dueños de la plaza de Angostura. Bolívar, a despecho de la ambición de Mariño y del trágico fin del heroico cuanto infortunado Piar, era reconocido al fin único jefe de los ejércitos republicanos. Secundado por el Almirante Brión, cuya escuadra le aseguraba sus comunicaciones con el mar, y obedecido por Páez y Soublotte, Mariño y Bermúdez, Urdaneta y Arismendi, Francisco Esteban Gómez y Anzoátegui, Zaraza y Monagas; recibiendo por primera vez en abundancia armas y municiones del Extranjero, contaba también con el apoyo de algunos denodados amigos de la libertad que desde el antiguo mundo venían a combatir por ella en el nuevo, y a infundir el espíritu de obediencia y disciplina de las naciones europeas en las huestes valerosas pero insubordinadas de los americanos del Sur. Esos abnegados amigos, venían animados desde su partida de las costas europeas por la inspiración del alma de O'Connell, de Wilson, de Lord Holland; pero debían perecer casi todos en nuestras playas insalubres, al principio no más de su heroica cruzada; dejando, eso sí, el perdurable recuerdo de gratitud y de gloria, inseparable del nombre de la legión extranjera, inmortalizada en los campos de Pantano de Vargas, Carabobo y Pichincha.

Mal secundado tal vez el genio impetuoso de Bolívar por sus tenientes, lamentaba en esos momentos dos reveses en sus tentativas de invasión al corazón de Venezuela. Zaraza había perdido primero una vanguardia de más de 2.000 hombres en La Hogaza, antes de verificar su reunión con el grueso del ejército Libertador, salido de Angostura y apenas acampado en San Diego de Cabrutica. Bolívar mismo después, aunque sorprendiendo con una marcha de rapidez vertiginosa desde San Fernando de Apure, al Pacificador Morillo en su campamento de Calabozo, perdía luego los frutos de esta victoria en los desgraciados combates del Sombrero, el Paso del Semen y

Ortiz, Morillo y Latorre quedaban dueños de las provincias litorales de Venezuela, y los patriotas reducidos a las llanuras que median entre San Fernando y Angostura, espacios despoblados poco a propósito para la organización de grandes ejércitos.

El Libertador pensó entonces en la Nueva Granada. Esta tierra de patriotas, en donde la cuchilla de Morillo antes, de Sámano y Enrile después, había segado impunemente en los cadalsos y las prisiones las cabezas de millares de libres, sólo necesitaba de un jefe de grandes talentos y espíritu organizador que diera dirección al sentimiento nacional: y Santander, jefe que desde 1816 y 1817 al lado de Páez, desde 1817 y 1818 en unión de Bolívar, había participado de todos los infortunios y glorias de esos días de prueba, en colocaciones comparativamente subalternas, fue designado para éste puesto de honor.

Diósele encargo de expedicionar contra los opresores de su patria, y para ello se le suministró por todo ejército 1.200 fusiles, algunas municiones y *cuatro* compañeros, cuyos nombres damos, aquí para que las madres los repitan a nuestros hijos en los momentos de ternura en que ellas saben abrir el corazón de los niños al amor de la patria: el Coronel Jacinto Lara y los Comandantes Antonio Obando, Joaquín París y Vicente González. Con estos recursos partió de Guayana para Casanare el día 27 de agosto de 1818, y llegó a Pore, capital de la provincia, el 29 de noviembre del mismo año.

Detengámonos un momento en este lugar.

La independenciam de Colombia atravesaba una crisis suprema. Venezuela había combatido en vano por su libertad desde 1811, y había agotado ya su sangre y su heroísmo. Miranda había sido vencido en 1811 y 1812. La maravillosa campaña de Bolívar sobre Caracas en 1813 había terminado desastrosamente en la Puerta, San Mateo y Aragua de Barcelona, en 1814. Villapol, Campo Elías y José Félix Rivas; Girardot, D'Elhuyar y Ricaurte habían terminado su carrera en las batallas. Salvador Gorrin, José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales, jefes españoles, habían adquirido superioridad material sobre los patriotas de Venezuela, que se hizo irresistible después con la presencia de las huestes aguerridas de Morillo, formadas en la escuela de Wellington, durante las guerras de la Península. Dueños, en fin, los españoles de los pasos que de las llanuras del Guárico y la Portuguesa, tributarios del Orinoco, conducen a las provincias de Caracas y Valencia, y cubriendo las gargantas montañosas que abren paso a las llanuras con infanterías aguerridas, —las fuerzas de caballería que formaban el grueso de los ejércitos republicanos eran impotentes para medirse en aquel teatro

con las huestes de Morillo y Latorre. las poblaciones venezolanas del litoral estaban cansadas de la guerra, y el patriotismo empezaba a faltar.

Sólo en Nueva Granada había campo par renovar la lucha; pues allí casi no se combatía desde 1816, y había una población numerosa, exasperada por las crueldades de los españoles, ansiosa de armas y jefes para levantarse en masa contra los opresores. Era preciso cambiar de teatro, buscar suelo propicio a los triunfos y pueblo ávido ya de combatir y vencer.

Comprendiendo Santander esta situación delicada y solemne, empleó en el desempeño de su comisión actividad y prudencia sorprendentes. "Casanare —dice él mismo en los Apuntamientos para sus memorias— era el teatro de la más funesta discordia". Los tres jefes que la habían libertado de los españoles en 1817 —Juan Galea, Ramón Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno, igualmente ilustres y valerosos—, disputaban entre sí el mando de la Provincia, y de este conflicto resultaba la más completa anarquía. Santander ya era conocido de ellos, que lo habían proclamado General en Jefe del ejército unido de Nueva Granada y Venezuela en 1816, y a su presencia desaparecieron las rencillas: un solo sentimiento de patriotismo elevado reinó en todas partes. Tres meses después de su llegada había un ejército medianamente organizado de 1.200 infantes y 600 jinetes.

Morillo, quien desde el punto de vista militar era un adversario digno de Bolívar, había tenido noticia de la marcha de Santander y no había tardado en comunicarla al Coronel Barreiro, jefe de las fuerzas españolas del Virreinato. procediendo éste con actividad, marchó a atacarlo en marzo de 1819, y a principios de abril ya había ocupado a Pore, capital de Casanare, con un ejército de 2.500 hombres.

Cualquier otro jefe menos convencido que Santander de la gravedad del momento, no hubiera vacilado en jugar la suerte de la República en una batalla, a cambio de un golpe de fortuna que le abriese las puertas al poder y a la fama. Derrotado Barreiro en Casanare, el vencedor hubiera tenido abierto el camino a la Nueva Granada y con ello una posición superior a la del mismo Bolívar. Ante esta perspectiva un jefe ambicioso habría buscado ocasión a su carrera; pero Santander participaba más del genio de Washington que del de otros guerreros menos consagrados en la devoción de su alma a las grandes causas de los pueblos; y sabiendo que el ejército de Casanare, compuesto de soldados novicios entonces, debía llegar a ser la única esperanza de salud para Colombia, se limitó a maniobrar a la vista



del enemigo, siempre en líneas paralelas a éste, para aprovechar la superioridad de la mejor aclimatación del soldado casanareño en esas llanuras ardientes, sobre tropas acostumbradas a los climas fríos de la cordillera. Después de varias marchas y contramarchas, en las que Barreiro perdió la esperanza de batir a Santander en un combate general, aquél emprendió una retirada vergonzosa hacia Sogamoso, sin haber conseguido ninguno de los objetos de la campaña, y éste afirmado ya en sus planes de invasión al interior granadino, invitó de nuevo al Libertador para apresurar el día de la redención de la patria.

Ese día no se hizo esperar. El 25 de mayo salió del Mantecal, en dirección a Arauca, a órdenes del general Anzoátegui, la *División de retaguardia*, formada por los batallones *Rifles*, a órdenes del teniente Coronel Arturo Sanders; *Bravos de Páez*, del Teniente Coronel Cruz Carrillo; *Barcelona*, del Coronel Ambrosio Plaza; *Albión*, del Coronel Jaime Rook, y de cuatro escuadrones de caballería regidos por los Coroneles Hermeregildo Mujica, Leonardo Infante, Juan José Rondón y Juan Mellao, con una fuerza de no más de 1.200 hombres por todo, que antes de Boyacá debió de quedar reducida, por las deserciones, las enfermedades y el frío de los páramos, a menos de la mitad. Formaban la *División de vanguardia*, organizada por Santander otros cuatro batallones mandados por los Coroneles Antonio Obando, Antonio Arredondo, José María Cancino y Pedro Fortoul, y varios escuadrones comandados por los Coroneles Ramón Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno, con una fuerza efectiva de 1.200 infantes y 600 jinetes. Las dos Divisiones se unieron en Tame el 11 de junio, y el 25 entraron a Pore, reducidos a un total de 2.500 hombres. Era éste un ejército de jóvenes, en el que el General en Jefe (El Libertador) no había cumplido treinta y seis años; el General Soublotte, Jefe del Estado Mayor, no llegaba a treinta; el General Anzoátegui, Jefe de una de las Divisiones, apenas había cumplido veintinueve, y el General Santander, Jefe de la otra, tan sólo veintisiete. Entre los jefes de los cuerpos, sólo el Coronel Fortoul llegaba a la de treinta y nueve años; Obando y Cancino tenían veintinueve, los Comandantes Ramón Guerra y Joaquín París no pasaban de veinticuatro, y José María Córdova, apenas había cumplido veinte.

Son conocidos los sucesos ocurridos en esta campaña, hasta la ocupación de Bogotá, cuarenta y cinco días después. Santander dirigió con habilidad y bravura todas las operaciones de vanguardia hasta traspasar la cordillera y remontar las caballerías en las llanuras de Bonza.

“En ningún tiempo —dice Restrepo— desplegó Bolívar más energía ni mayor firmeza y habilidad... En operaciones tan

importantes es auxiliado eficazmente por los distinguidos jefes que le acompañan, los Generales Soublotte, Anzoátegui y Santander, así como por los Comandantes de los cuerpos de infantería y caballería. Santander era el que más trabajaba, y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que a él se debió en gran parte el feliz éxito de la campaña”.

Boyacá fue una batalla perfectamente decisiva que los españoles no disputaron. Desde Gámeza y Vargas, en todas las escaramuzas y combates parciales que habían tenido lugar desde la llegada del ejército al pueblo de Socha, el 6 de julio, hasta el día de la gran victoria, los republicanos habían fundado en pruebas irresistibles la superioridad de sus armas<sup>1</sup>. De uno y otro lado no llegaron tal vez a cincuenta los muertos. En poder de los patriotas quedaron, fuera de mil seiscientos prisioneros, más de dos mil fusiles, algunas piezas de artillería y gran cantidad de municiones. un solo golpe había bastado para redimir nuestra patria. Desde los Corrales de Bonza, días antes de la batalla, Bolívar había despachado ya a los Coroneles Antonio Morales y Pedro Fortoul a encargarse de las gobernaciones de las provincias del Socorro y Pamplona.

Ya había Patria; pero era preciso organizarla, y esta fue la tarea encomendada por Bolívar a Santander el día 20 de septiembre siguiente, con el nombramiento de Vicepresidente de Cundinamarca, a tiempo que aquél regresaba a Angostura, residencia del Gobierno central que empezaba a delinearse.

¡Organizar el país! Jamás tarea alguna había presentado a los ojos de un estadista dificultades, al parecer, más insuperables. Colombia era

- 
1. El Comandante José María Espinosa refiere, en sus *Memorias de un Abanderado*, la siguiente anécdota: “Estando yo retratando al General Rondón, él me divertía refiriéndome algo de sus campañas. ¿Qué le parece a usted, me dijo un día: habiéndose acampado el General Barreiro, español, al frente del Pantano de Vargas, se acercaron a nuestro campo dos húsares de Fernando VII, seguramente con ánimo de desafiar a dos de los nuestros. Venían en magníficos caballos y muy bien uniformados, con chaqueta verde guarnecida de pieles colgada sobre el hombro izquierdo; tenían espada, carabina, un par de pistolas, cantimplora, etc. Nosotros estábamos viéndolos hacer morisquetas, cuando se me presentó un zambito de caballería del bajo Apure, y me dijo: “Mi generá, me da permiso de espantá aquellos dos goos? ¿Y tú solo? ‘si señó’, ‘me contestó el zambito, que estaba medio desnudo, con su lanza, montado en pelo de un caballito que manejaba con una jetera: se precipitó sobre los dos españoles, y cuando se acercó le hicieron tiros de pistola y carabina, pero por fortuna no fue grave la herida hecha al caballo; entonces lanceó a uno de los dos godos y el otro salió corriendo, y la cantimplora volaba con la precipitación con que iba; pero no obstante esa ligereza fue alcanzado por el nuestro, y corrió la misma suerte del primero. El zambo fue aplaudido por todo nuestro campo, a donde volvió con un caballo de cabestro, y yo le dije: ‘¡te has lucido!’ a lo que me contestó: ‘Eso no es náa, me generá’ ”.

un caos, y era preciso formar, en el orden político, una creación casi de la nada. ¡Por todas partes no había más que ruinas!

El Gobierno español no había dejado tradiciones de gobierno organizado. Una cosa confusa y distante llamada *el rey* era el principio de donde emanaba toda autoridad y a la cual debía estar sometida toda obediencia. Esto había desaparecido. Otra institución llamada *virrey*, única cosa que nuestras poblaciones habían visto, había desaparecido, también. De derechos individuales, garantías políticas, soberanía popular, representación del pueblo, asambleas deliberantes; de nada de eso se había oído hablar hasta 1810 (salvo durante el corto período de la insurrección de los comuneros en 1781). Nariño había traducido e impreso en 1794 la declaración de los derechos del hombre, de la Convención francesa, y ese hecho había sido mirado por los españoles como un sacrilegio. Había un embrión de Poder Judicial en las tradiciones de la Audiencia, y vestigios de organización municipal en los Ayuntamientos de las ciudades; eso era todo. De organización legislativa no había nada: los principios fundamentales de organización del Poder Ejecutivo eran los de la tiranía contra la cual se luchaba y cuyo recuerdo se deseaba extirpar. Toda la vida política de la colonia española se concentraba en Bogotá: en las poblaciones distantes reinaba la indolencia y el sopor. Algún hidalgo, aquí y allá, introducía furtivamente algunos libros prohibidos, y se alimentaba, en las soledades rurales en donde vivía, o en las no menos estancadas mansiones urbanas de pueblos adormecidos, con la lectura de los filósofos franceses del siglo XVIII. La enseñanza del latín que se daba en San Bartolomé y en el Rosario, en Bogotá, ponía a unos pocos en posesión de las tradiciones de las repúblicas griegas y de la romana, y ese ideal muerto de vida política era lo único que vivía en la mente de nuestros padres; pero ese era un ideal confuso, oscurecido por la niebla de veinte siglos. Costumbres políticas no había ningunas. Sentimiento de solidaridad y de asociación fraternal entre poblaciones diseminadas y sin relaciones en un vasto territorio, mucho menos. El amor a la patria había consistido para el pueblo en el amor y el respeto a ese ente desconocido que se llamaba *el rey*. Había en la población de estos países, por una parte, una masa inerte, amorfa, dispuesta a recibir cualquier gobierno y cualquiera forma de administración, y la organización política no pasaba más allá de la forma local de tribu de los pueblos semisalvajes. Por la otra, un pequeño número de filósofos formados en el estudio y en la contemplación solitaria, pero sin práctica alguna de la vida real e ignorantes en lo absoluto de lo que es la lucha de las ideas, pasiones e intereses encontrados de los hombres en organizaciones sociales reunidas y contrapuestas.

Naturalmente resultó de aquí que el primer gobierno de 1810 fue un gobierno paternal y filosófico, fundado en teorías abstractas y en el ideal de pueblos sepultados en el olvido por muchos siglos. Era un gobierno patriarcal, lleno de filantropía y de aspiraciones a la libertad, que pretendía apoyarse para todo en la razón humana: mitad Solón y Licurgo, Bruto y Catón; mitad Raynal, D'Alambert y Rousseau. Sobre las paredes de este edificio se había dado un baño de federación americana moderna para completar la ilusión. Estados federales no los había entonces, como hoy todavía no los hay en realidad. Provincias sin organización, sin rentas, sin milicias, sin Poder Judicial, sin un ejecutivo fundado en la tradición, no eran ni podían ser lo que en los Estados Unidos se llaman Estados, que son Repúblicas poderosas, perfectamente organizadas, capaces de defenderse contra todos y a las que sólo les falta el manejo de las relaciones exteriores. Gobierno federal obedecido, respetado, no hubo jamás. La anarquía y la guerra civil tomaron posesión de nuestra patria desde el primer día. Aunque nominalmente la primera organización de 1811 se componía de once o doce provincias federales<sup>2</sup>, —aparte de algunos territorios que quedaban sin pertenecer a nadie y sin administración de ningún género— sólo había cinco centros verdaderos de alguna actividad política, que eran Bogotá, el Socorro, Popayán, Antioquia y Cartagena; pero en el seno de estas mismas demarcaciones políticas reinaba la mayor confusión. Cundinamarca pretendía incorporar dentro de sus límites a Tunja, Socorro, Pamplona, Mariquita y Neiva, y al favor de disensiones locales en esas provincias, obtuvo y aceptó pronunciamientos de incorporación a su obediencia, por parte de los Ayuntamientos de Sogamoso y Leiva, en la de Tunja, de Vélez y San Gil, en la del Socorro, y de Timaná y Purificación, en la de Neiva.

A pesar de estas dificultades, que no eran obra de los hombres sino de las costumbres de la Colonia, el Gobierno federal de Tunja, combatido siempre por el partido centralista de Bogotá, encabezado por Nariño, el hombre de Estado, diplomático y militar más eminente de esos días, —el gobierno federal de Tunja, decimos, que apenas era un embrión de gobierno, presidido por el eminente Camilo Torres, pudo ejecutar varios actos de vigor, que rápidamente enumeraremos:

1. Enviar sobre el Cauca y sobre Pasto una poderosa expedición, muy notable para ese tiempo, a órdenes del general Nariño mismo.

---

2. Panamá, Veraguas y Santa Marta permanecían aún bajo el poder español.



2. Enviar otra, para dar independencia a Venezuela, a órdenes de Bolívar, cuyo genio adivinó y puso en relieve primero que nadie el sagaz instinto de Torres. Con ella hizo Bolívar, guerrero de treinta años de edad, la campaña inmortal de 1813.
3. La represión del partido centralista de Bogotá, cuya ciudad fue ocupada a viva fuerza por un ejército a órdenes de Bolívar, el 12 de diciembre de 1814.
4. El envío en 1815 de una expedición a Ocaña, para formar un ejército con qué socorrer la plaza de Cartagena, sitiada ya por Morillo. Esta operación, una de las más graves que hubieran ocurrido hasta entonces, confiada al joven Coronel Francisco de Paula Santander, que apenas frisaba en los veintitrés años, fue frustrada por la aparición repentina de Calzada en Pamplona con un ejército español, sacado del Apure, con el cual batió en el río de Chitagá al ejército republicano del Norte; circunstancia que obligó al Coronel Santander a retirarse precipitadamente a Bucaramanga, a defender el interior de la Nueva Granada. Esta retirada, hecha sin perder un hombre, ni un fusil, mereció las gracias del Congreso y ha sido considerada como uno de los más brillantes hechos militares de la guerra de la Independencia.
5. La organización militar de Casanare en 1814 y 1815, a órdenes del general Joaquín Ricaurte; hecho de alta previsión, pues Casanare fue luego, en 1816 y 1818, la tabla de salvación de la libertad granadina.
6. La organización constante del ejército republicano del Norte, que mantuvo a raya los españoles, triunfantes en Venezuela desde 1814; pero ejército desgraciado a su vez, pues fue dos veces batido por el Brigadier D. Sebastián de la Calzada, en Chitagá, llamado también Bálaga, en 1815 y en Cachirí, en 1816. Sin embargo de esos dos desastres, todavía hubiera podido presentar en mayo de 1816 un frente de más de dos mil fusiles y lanzas, a órdenes de García Rovira, Serviez, Santander y Monsalve.

La falange de hombres de Estado que se mostró a luz bajo las banderas federales en esos primeros días de la independencia hubiera podido hacer honor a cualquier país del mundo, y no ha tornado a verse entre nosotros ninguna lista tan numerosa después. Camilo Torres, Jorge Tadeo Lozano, Custodio García Rovira, Joaquín Camacho, José Acebedo, Emigdio Benítez, José María del Castillo, José Fernández Madrid, Crisanto Valenzuela, Luis Eduardo de Azuola, José Félix Restrepo, Sinforoso Mutis, Joaquín Umaña, José

María García Toledo, José María Salazar, Juan del Corral, José Manuel Restrepo, José Ayala, Miguel Pombo, José Gregorio y Frutos Joaquín Gutiérrez, José María Dávila, Joaquín Caicedo Cuero, Francisco Antonio Ulloa, José María y Miguel Cabal, Manuel Rodríguez Torices, Francisco José de Caldas y tantos otros, forman un haz tan poderoso de fuerzas intelectuales, que causa asombro. Parecería que la naturaleza, previsora del próximo alumbramiento de un nuevo mundo político, hubiera querido preparar el acompañamiento indispensable de esas nuevas instituciones. Puede ser también que las crisis supremas de los pueblos retemblan la inteligencia y el carácter de los hombres que figuran en ellas.

Toda esa larga lista de hombres distinguidos fue borrada por los cadalsos de Morillo y de Sámano: sólo cinco o seis de ellos sobrevivieron a la vuelta de la libertad. El día en que Boyacá abrió de par en par las puertas de la independencia, el día en que seriamente se trató de organizar un gobierno, faltaron hombres. No había más que guerreros, caracteres enseñados a la violencia, corazones heridos en sus afectos de hijos, de padres o hermanos, respirando venganza. Mala argamasa para cimentar la República.

Esa era una de las dificultades supremas de la situación. La otra, que no había instituciones ni modo de darlas en medio de la guerra. La campaña de Boyacá había abierto apenas una trocha de sangre hasta la capital del Nuevo Reino; pero todo el resto del territorio quedaba aún bajo el poder español; de Lucas González en el Socorro, de Warleta en Antioquia, de Calzada en el Cauca, de Sámano en Cartagena. Morillo o alguno de sus tenientes no podía tardar en aparecer por el Norte: refuerzos españoles enviados del Perú podían llegar de un momento a otro por el Sur. había sido ensanchado el teatro de la guerra, pero no cesado sino crecido la necesidad de allegar elementos para combatir y vencer.

La tercera, en fin, no sólo la falta de rentas organizadas y de crédito para levantar empréstitos en un país arruinado por la guerra, sino la escasez, la falta total de artículos de guerra y de medios para traerlos del Extranjero, dueños como eran los españoles de todos los puertos, excepto Guayana, y de todos los ríos, excepto el bajo Orinoco y el alto Apure.

Sólo una actividad incansable y un espíritu de orden y de justicia nunca desmentido podía hacer frente a esas dificultades. En pocos días hubo recursos para enviar jefes y bases de columnas en todas direcciones. Antonio Obando y Manuel Valdés hacia el Sur, José

María Córdova a Antioquia, Hermógenes Maza al Magdalena; oficiales y reclutas a Anzoátegui, a Tunja, a Soubllette a Pamplona, dinero en gran cantidad a Angostura.

No era ésta, empero, la dificultad del momento, la cual estaba más en el orden moral que en el físico. Eralo, a nuestros ojos, la necesidad de empezar a establecer en las costumbres la forma de la vida republicana. La antigua sociedad colonial se desplomaba; el espíritu de obediencia a los superiores, la clasificación jerárquica de las capas sociales, la explotación de los inferiores por los superiores, la negación de los derechos individuales y la absorción completa del hombre en el Estado o en la Iglesia; todo eso que en la sociedad antigua constituía el orden, aquí tenía que desaparecer en medio del cataclismo de esa guerra de quince años. Había que fundar una sociedad enteramente distinta sobre bases de igualdad social y política, sobre el reconocimiento de los derechos de todos, sobre la fundación de un principio de autoridad emanado de la ley, sometido al consentimiento general, y ejercida de acuerdo con un principio de alternabilidad incesante. Todo eso requiriendo una participación universal en la vida política de un pueblo acostumbrado a la más absoluta prescindencia y olvido de los intereses generales. Fácil era, y entonces más que nunca, fundar la obediencia en el miedo y la autoridad en la espada: no solamente fácil, sino que parecía que no pudiera existir otro estado sino ese. Gobierno militar de una aristocracia militar, era todo lo que podía esperarse ver surgir de esa situación, como surgió en México y centro-América, y aun en las Repúblicas del Plata, hasta la caída de Rosas.

Hasta dónde se deba, en parte a lo menos, un resultado distinto entre nosotros a los trabajos del General Santander, no es fácil decirlo; pero es forzoso admitirlo en principio. No era el General Santander un soldado sin educación civil: afortunadamente la revolución le había sorprendido en los momentos en que daba fin a sus estudios políticos, bajo la dirección de patriotas eminentes: sus últimos maestros habían sido los doctores Gutiérrez (Frutos Joaquín) y Emigdio Benítez, ambos fogosos republicanos muertos después en el patíbulo. En San Bartolomé había recibido la iniciación sagrada al misterio de la ley, y era sacerdote de su templo. Con el General Santander continúa la práctica real del sistema republicano en el Gobierno, iniciada en 1810 por los primeros padres de la revolución. Entre el Congreso de Cúcuta, convocado y elegido bajo los auspicios del General Santander, en 1821, y el constituyente de Angostura, reunido por el Libertador Bolívar, se nota ya la diferencia entre los dos principios y la lucha que más tarde había de surgir entre los dos

hombres. Bolívar era un legislador militar; Santander un militar jurisconsulto.

\* \* \*

Los primeros pasos de un pueblo, como los de un hombre en la carrera de la vida, son de ordinario decisivos e imprimen carácter en el curso de su existencia. Estas primeras líneas de una nacionalidad nueva en las páginas todavía en blanco de su historia, esos primeros movimientos instintivos de un pueblo que nace a la luz, obra inconsciente de la naturaleza misma de las cosas, son la revelación de fuerzas ocultas, forman el credo de las futuras generaciones, y a ellas se torna siempre la vista en busca de inspiración y de luz en los días de tiniebla y de duda que vienen después. Para comprender el espíritu que animaba al General Santander en esos primeros días de 1819, y la luz que le guiaba en la marcha de un gobierno nuevo en medio de un país no constituido aún, es necesario volver a los primeros orígenes de la República, a los tiempos en que muy joven aún y sin presentir los altos destinos que lo esperaban, formaba su educación republicana en los ejemplos de los primeros padres de la revolución: en la escuela política de 1810 a 1816.

Sin la traición de Bayona y la conquista de España por Napoleón, no es posible decir cuántos años hubiera tardado el grito de separación dado por las colonias americanas en 1810; pero la anarquía de la Península, envuelta repentinamente en una guerra de nacionalidad, aceleró en América el nacimiento de los gérmenes naturales de emancipación en todas las colonias y el de las semillas nuevas de independencia que la de los americanos del Norte había regado desde 1776 por todos los pueblos hispano-americanos. Algunos espíritus inquietos, —como Miranda, llevado en alas de misterioso destino al torbellino de la Revolución francesa—, y Pedro Fermín Vargas y Nariño, que desde fines del siglo XVIII conspiraban primero en Bogotá y después en las cortes europeas contra el poder español, —habían concebido el pensamiento de la emancipación americana y mendigado inútilmente para ella el auxilio de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos; pero ninguno de esos proyectos tuvo eco resonante entre los americanos del Sur. Miranda, después, protegido en 1804 por dos negociantes americanos de Nueva York (los señores Ogden y Smith) y en 1806 por Sir Alejandro Cochrane, jefe de la escuadra inglesa en los mares de las Antillas, hizo un desembarco en las costas de Coro, sin encontrar de parte de las poblaciones venezolanas más que indiferencia y tal vez recelo.

Fue exclusivamente la ocupación de España por Napoleón el origen del prematuro movimiento de 1810; pero esa coyuntura, valiosa por



una parte, nos privó por otra de los auxilios que el Gobierno inglés estaba dispuesto a concedernos; pues la alianza posterior entre Inglaterra y España contra los franceses obligó a la primera de estas potencias a guardar estricta neutralidad en la lucha de las colonias contra la madre patria.

En los primeros días, sin embargo, la independencia no encontró oposición alguna entre nosotros, a diferencia de lo que sucedió en Venezuela, en donde sí la hubo, y tan grave, que toda ella fue reconquistada en 1812 por Monteverde, —y en la Presidencia de Quito en donde el feroz Ruiz de Castilla conservó su autoridad por medios sangrientos de represión.

En Nueva Granada la disposición universalmente favorable de los pueblos permitió pensar desde un principio en las bases de una organización política nueva, y desde entonces surgieron los dos principios que dividieron y aún dividen la opinión de estos pueblos en esa materia. Los unos se contentaban con sólo la independencia; pero querían conservar en lo demás las bases de la organización social y política de la colonia, como elementos necesarios para organizar y asegurar la independencia. No porque los que así opinaban fuesen partidarios de la permanencia de ese estado de cosas, sino porque juzgaban prematuro e imprudente cambiarlo desde entonces; pero ellos se manifestaban dispuestos a entrar después en el camino de las reformas, cuando nuestra independencia dejase de ser materia de duda. Los otros querían que la independencia y la libertad marchasen de acuerdo al mismo tiempo; juzgaban que la independencia no valía gran cosa sin las libertades individuales, y temían que una nacionalidad conquistada sin concesiones algunas al pueblo sólo sirviese para entronizar otra esclavitud distinta de la española, pero siempre esclavitud y reinado de los pocos en permanente explotación de los muchos. Al orden de los primeros pertenecieron Miranda y Bolívar en Venezuela, San Martín, O'Higgins y otros en Buenos Aires y Chile, y entre nosotros Nariño, Manuel Bernardo Alvarez y muy pocos más. La gran mayoría, aquí como en el resto de las otras repúblicas, pero principalmente entre nosotros, se decidió por el segundo término de esta alternativa: querían nuestros padres ser a un tiempo independientes y libres. El más notable hombre de estado de este partido era el doctor Camilo Torres, como ya lo hemos dicho.

Dos ejemplos recientes se presentaban naturalmente a la imitación y al estudio de nuestros padres: el de la revolución americana federal, pacífica, y sin grandes pretensiones filosóficas de las colonias del Norte; y el de la trágica, gloriosa y sangrienta república francesa de

1789 a 1802. El primero había sido coronado por los resultados más felices en todo sentido; pero exigía una condición difícil de llenar por nosotros, que no teníamos la escuela de libertad municipal de las colonias inglesas: la federación. El segundo era deslumbrador por sus triunfos, su espíritu de propaganda filosófica y sus recuerdos de suprema energía, a propósito para arrastrar las imaginaciones exaltadas en días de conmoción y entusiasmo; pero el recuerdo de sus escenas sangrientas y desbordes anárquicos repugnaba a la índole benévola y apacible de nuestras poblaciones. A despecho de las dificultades que presentaba la ausencia de costumbres federales, a despecho de la influencia considerable de Nariño, grande apóstol de la república central, y algún tanto inclinado a las tradiciones francesas, el ejemplo de los Estados Unidos del Norte prevaleció, y de sus instituciones tomaron nuestros padres los primeros rudimentos de nuestra organización política.

Censurada como lo ha sido hasta el día de esa preferencia que, se dice, fue obstáculo entonces para la creación de un gobierno vigoroso; motejado como fue y aun es todavía ese espíritu apacible y de aspiraciones filantrópicas de nuestros padres, con el ridículo apodo de *patria boba*, —nos permitimos disentir de ese juicio, con la sospecha de que los fundadores de la independencia no pudieron hacer otra cosa distinta, gobernados como tenían que estar por la fuerza irresistible de los hechos mismos. La dificultad grave en tiempos de renovación revolucionaria consiste precisamente en la relajación imprescindible de las ideas de obediencia tradicional y en el desarrollo del principio contrario de insubordinación y de autonomía local. Nos atrevemos a juzgar que la organización de un nuevo gobierno central, fuerte y autoritario, hubiera sido, por lo menos, tan difícil en esos momentos, como lo era formar súbitamente costumbres de estrecha asociación federal. La idea dominante en esos momentos era la de independencia municipal; la de ruptura de los vínculos estrechos de obediencia a un centro común; la de preponderancia de las libertades individuales, difícilmente compatible con la idea de otro gobierno que se temía pudiese ser más tiránico que el mismo de la distante metrópoli española. Pretender que en tiempos de conmoción popular reine un espíritu de obediencia y disciplina severas, es un contrasentido notorio; las épocas de revolución tienen que ser épocas revolucionarias y de anarquía. Argumento de que ese era el querer de los pueblos y esa la corriente necesaria de la revolución es el hecho de que, sin esfuerzos extraordinarios, sin caudillos ni violencias, ese sistema triunfó; prueba de que él era la expresión necesaria de la naturaleza de las cosas. Confírmalo, además la circunstancia de que ese orden ha reaparecido después por

el consentimiento de todos, y es el único que ha resistido a veintitrés años de luchas y combates.

Empero, la organización de una república federal, que no consiste solamente en la creación y organización de Estados federales —sino que exige igualmente la creación y organización de un gobierno general provisto de medios de existencia y sostenido por el concurso espontáneo de Estados autónomos—, requiere tiempo para su consolidación. La misma confederación americana del Norte no había logrado organizar su gobierno general durante los siete años de la guerra de independencia, de 1776 a 1783, ni logró establecerlo hasta seis u ocho años después, entre 1789 y 1791, cuando la segunda constitución defederal fue ratificada por todos los Estados y completada la obra con la fundación de la hacienda federal. Otro tanto sucedió entre nosotros. Desde 1814 habían propuesto los gobiernos locales de Cartagena y Antioquia la organización del poder federal en los ramos de guerra y hacienda, y apenas se había dado principio a esta tarea difícil, cuando casi a un tiempo aparecieron Sámano por el Sur, Calzada en Pamplona, y Morillo al frente de la plaza de Cartagena. Entonces ya sólo se pensó en combatir; pero desgraciadamente los elementos de combate eran muy desiguales, y la fortuna hizo traición a las armas independientes.

Santander había militado desde 1811 bajo las banderas del Gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada; es decir, había pertenecido al partido federalista que, con excepción de Bogotá, había sido favorecido en todas partes por la opinión popular. Era ese un partido exclusivamente civil, que profesaba el dogma de la República fundada en el imperio de la ley, emanada de la voluntad popular, en el reinado de la igualdad civil y política, en la práctica de las libertades para todos los hombres, y en el reconocimiento del derecho de gobierno propio en todos los grupos seccionales unidos por el lazo de intereses comunes en territorio circunscrito. Pero ese gobierno no había tenido tiempo para desarrollarse en su organización ni de consolidarse en la obediencia de las secciones que dependían de él: desaparecía al primer embate de la lucha formal con el poder español, e iba a ser sustituido por otro, emanado de las circunstancias, hijo de los azares de guerra y fundado exclusivamente por el poder de la espada. A ese nuevo gobierno tocole a Santander presidir en sus primeros días de prueba, y esa fue una circunstancia feliz que tal vez salvó el porvenir de este país.

El nuevo Gobierno de Colombia consistía en Bolívar. El había mantenido la unidad de la lucha en Venezuela; él había convocado y

reunido el Congreso de Angostura, compuesto, más que de representantes de los pueblos, de representantes de los diversos jefes militares que habían sostenido la guerra en Venezuela y en la provincia de Casanare; Bolívar había derrocado en Boyacá el poder español en el Nuevo Reino; su autoridad era reconocida y apoyada por todos; en los primeros días de la independencia él era la soberanía popular, puesto que era voluntad de donde emanaban todos los poderes. En Bolívar estaban fincadas las esperanzas de la independencia. En una palabra, Bolívar era todo. El día siguiente a Boyacá fue el del cenit de su gloria.

El Congreso de Angostura, aunque hechura suya, había intentado luchar con él desconociendo su autoridad, tan luego como se ausentó para internarse en las montañas de la Nueva Granada durante la campaña de Boyacá. Una insurrección militar encabezada por Arismendi y Francisco Esteban Gómez había obligado a renunciar al Vicepresidente de Colombia; señor Zea: el Congreso había aceptado la renuncia y nombrado Vicepresidente al jefe mismo de la insurrección. Mariño, rival de Bolívar entonces, había sido nombrado otra vez jefe del ejército de Oriente en Venezuela, y sin la victoria de Boyacá, Bolívar mismo hubiera sido depuesto también; pero esta victoria, decisiva como ninguna otra en la guerra de la independencia, puso término a la anarquía consolidando sin contradicción la autoridad del vencedor.

¿Qué iba a resultar de esta situación?

Lo más probable, lo que parecía ineludible, era la aparición de un gobierno militar, no siquiera semejante al de Esparta, —al que Bolívar preconizaba en Angostura como “una invención quimérica que había producido gloria, virtud moral, felicidad nacional y por consiguiente más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón”—, sino algún otro más fundado en la fuerza que el de Licurgo. Bolívar no era demócrata. El creía que “Pisístrato, usurpador y tirano, había sido más saludable a Atenas que sus leyes”; afirmaba que “Solón había desengañado al mundo enseñándole cuán difícil es dirigir por simples leyes a los hombres”. “Los códigos, los estatutos, los sistemas”, agregaba, “por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades”. Su ideal de Gobierno para Colombia consistía en un Senado hereditario, el cual será, decía, “la base fundamental del Poder Legislativo, y por consiguiente, la base de todo el Gobierno”. Este Senado debía componerse de los guerreros libertadores, porque decía también: éstos (los libertadores) son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la República que les debe su existencia: es del interés público, es del honor nacional



conservar con gloria hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que, superando todos los obstáculos, han fundado la República a costa de los más heroicos sacrificios". Tenía una idea mediocre del valor del sufragio popular y creía preferible educar a costa de la República los Senadores futuros, hijos de los Senadores actuales, antes que abandonar al pueblo la elección de los que creyese más dignos. "Todo, decía, no se debe dejar al acaso y a la aventura en las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte".

Tampoco se distinguía mucho el republicanismo de sus ideas en el asunto de facultades al Ejecutivo. En materia de equilibrio de los poderes era de concepto que "en las repúblicas el ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo, porque todo conspira en favor del monarca".

A pesar de estas ideas francamente expuestas en su fogoso discurso al Congreso de Angostura, discurso en donde, a pesar de la extrañeza de algunos conceptos, brillan intensas fulguraciones de genio, el Libertador no tuvo la menor vacilación para entregar el Gobierno de Cundinamarca —de Cundinamarca, de donde debían salir los recursos necesarios para completar la independencia de Colombia—, a las inspiraciones de Santander, hombre nutrido en ideas enteramente distintas de las suyas. ¡Tanta así debía ser la superioridad de éste sobre todos los hombres de esos días!

Pero también es ese acto de abnegación absoluta el rasgo probablemente más heroico de toda la vida pública del Libertador. Entregar los destinos del país que acababa de libertar y de las demás naciones cuya libertad bullía también en su mente, a las inspiraciones de otro genio adversario del suyo; desprenderse en lo absoluto de todo pensamiento de dominación o influencia personal para pensar sólo en la realización del grande objeto que todavía era problema quizás, de la independencia americana; renunciar al triunfo de sus propias ideas para consagrarse sólo al triunfo de la gran causa, cualesquiera hubieran de ser después las consecuencias que le trajera su abnegación, reservar para sí los peligros de las batallas, la responsabilidad de los desastres, todavía no sólo posibles sino probables, dando al adversario conocido y el más temible de sus opiniones políticas, los medios de hacer triunfar sistemas distintos y de conquistar influencias que habían de frustrar luego todo lo que hubiera de personal, puramente personal en sus aspiraciones: todo eso constituye el rasgo mayor de desprendimiento, de patriotismo, de

devoción profunda a una gran causa, que hayamos encontrado en los anales de la historia antigua y moderna. Todo eso explica y enaltece la sinceridad de esas palabras también suyas, también inspiradas por un alma de héroe: “el título de Libertador es más sublime que el trono”. Convencido seguramente de que el pueblo colombiano tenía en la mente otro ideal de gobierno distinto del suyo, el Libertador abandonó todo pensamiento de hacer triunfar sus ideas políticas, y se consagró exclusivamente desde ese día hasta 1827, a su regreso del Perú, a las operaciones militares requeridas por la independencia del continente americano.

Un año debía tardar la preparación de la toma de Cartagena, dos la victoria de Carabobo, tres las de Pichincha y Bomboná, cuatro la rendición de Puerto Cabello, cinco las jornadas de Junín y Ayacucho, y seis la rendición final de las fortalezas del Callao.

\* \* \*

La tarea confiada a Santander era también inmensa.

Con excepción de las orillas del Apure y del bajo Orinoco, des pobladas entonces como hoy, Venezuela estaba dominada por el ejército expedicionario de Morillo; el Ecuador no daba señales de vida, y Antioquia, el Cauca y nuestra costa del Atlántico habían sido *pacificadas* desde 1816. La victoria de Boyacá había dado a los independientes sólo el territorio que ocupan hoy los cuatro Estados de Cundinamarca, Boyacá, Santander y Tolima: de ahí debían salir los hombres y el dinero para el sostenimiento de ejércitos de más de 30.000 hombres, empleados en un inmenso tablero de más de quinientas leguas de largo de Norte a Sur y de más de doscientas de Oriente a Occidente. Era preciso enviar infanterías al Apure para cubrir la línea de batalla en que el General Páez hacía frente a Morillo, desde las vertientes del Arauca hasta Angostura. Formar un ejército para invadir a Venezuela por las provincias de la cordillera, desde Cúcuta hasta Barquisimeto, a fin de inquietar la retaguardia de Morillo. Construir una escuadrilla para desembarazar el Magdalena y abrir paso a las tropas independientes hasta Cartagena. El ejército sitiador de Cartagena debía empezar a formarse en Antioquia y en Honda, a órdenes de Córdova y de Maza, quienes debían bajar el uno por el Cauca y el otro por el Magdalena, a reunirse en el empuje irresistible de Tenerife, para ponerse en Calamar a órdenes de Mariano Montilla. Sitiar y ocupar a Cartagena: marchar luego sobre Santa Marta y Riohacha, y, atravesando la península guajira, embestir por la espalda a Maracaibo. Favorecer la insurrección del valle del Cauca, invadir a Popayán por el valle de Neiva, hacerse

dueños del Atrato y conquistar salida por él al Atlántico y al Pacífico. Ocupar a Pasto, proteger la insurrección de Guayaquil y cortar la comunicación entre el Virrey del Perú y la Presidencia de Quito. Sostener la escuadra del Atlántico a órdenes de Brión, formar otra nueva bajo la dirección de Padilla, el Nelson colombiano, y preparar, en fin, los elementos para incorporar en Colombia la gran posición comercial y estratégica del istmo de Panamá, hasta entonces cuidadosamente mantenida bajo el poder español.

Si hoy, después de sesenta años de independencia, se tratase de repetir esos esfuerzos titánicos, cualquier hombre de estado, el más poderoso de todos, sucumbiría infaliblemente bajo el peso de la carga. Era preciso mover un pueblo acostumbrado a la servidumbre; sacar de un país esquilado por Sámano y Morillo valores de más de dieciseis millones de pesos anuales; organizar rentas normales; formar costumbres administrativas; establecer un poder judicial fuerte y respetable, primera piedra angular de la libertad y del orden; y al mismo tiempo que esta obra de construcción del nuevo edificio, suavizar todo lo posible la de desorden y violencia que viene siempre en pos de la guerra. Tarea incomparable, esfuerzo superior a todos los trabajos de Hércules. Juzgando retrospectivamente las exigencias de esa situación, y comparándola, por ejemplo, con la lucha, que nos parece colosal, de nuestra guerra civil de 1876 y 1877, se llena uno de asombro y se siente inclinado a creer imposible que se hubiera hecho lo que se hizo. Todo ese programa fue cumplido hasta la última línea, y después de realizado, cuando se hubiera creído que era indispensable el descanso, no hubo reposo: fue necesario ir a asegurar la independencia de Colombia desde las costas inhospitalarias del Perú hasta las heladas cumbres de los Andes del Potosí.

\* \* \*

Al principiar esos trabajos surgió la primera dificultad. Bogotá había quedado desguarnecida: tres años de dominación española habían engendrado respecto de los peninsulares, por una parte odios profundos, por otra, influencias y relaciones hasta entre los patriotas mismos: los treinta y ocho jefes y oficiales prisioneros de Boyacá trataban, como era natural, de procurar su evasión y tanteaban la posibilidad de una reacción: esa reacción era natural, era una ley de orden moral, en medio del reclutamiento, las confiscaciones, los empréstitos y las medidas rigurosas de esos días. Empero, las sombras de *siete mil víctimas*<sup>3</sup> sacrificadas por Morillo, Sámano y Enrile en el curso de 1816 a 1819, se alzaban sangrientas de sus sepulcros pidiendo venganza: Sámano había negado el canje de prisioneros propuesto por Bolívar por los de la expedición inglesa

que Mac-gregor había traído a Portobelo. Un jefe formado en nueve años de combates, cinco de ellos de guerra a muerte, envenenado con las crueldades de Lizón y Matute en los valles de Cúcuta, con el patíbulo de Torres, Caldas, Lozano, Benitez, los Gutiérrez, García Rovira y tantos otros, sus maestros, sus amigos, sus copartidarios, tuvo un día de vértigo, la venganza subió a su cerebro en una ola de sangre, y... mandó pasar por las armas a esos prisioneros.

.....

No ensayaremos defensa ni excusa para este hecho inhumano, que no fue digno de la magnitud proverbial del carácter granadino ni de las aspiraciones filantrópicas de la revolución americana, llamada a fundar en el Nuevo Mundo un orden de ideas morales distinto del que la tiranía había puesto en vigor en el antiguo. Sólo diremos que ese espíritu de venganza era harto común entonces entre los beligerantes, antes y después de Boyacá, hasta que le puso término el tratado sobre regularización de la guerra celebrado en Santa Ana un año después. Ese acto célebre, al que tanta repugnancia mostró Morillo en un principio, hubiera sido imposible sin la revolución liberal de España, encabezada por Riego y Quiroga, el 1.º de enero de 1820. Ese movimiento puso al servicio de la causa liberal en la Península los 22.000 hombres acantonados en Cádiz para expedicionar sobre las colonias americanas, y obligó a Fernando VII a jurar la Constitución de 1812. El nuevo Gobierno español creyó por un momento posible pacificar por medio de concesiones tardías a sus súbditos insurreccionados de América; pero las negociaciones que con ese objeto mandó abrir sólo dieron por resultado el tratado de 27 de noviembre de 1820, que puso término a la guerra a muerte.

La segunda cuestión grave de esos momentos era la proyectada unión de Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador en una sola nacionalidad, idea que, aunque acariciada por el gran patriota Camilo Torres desde 1813, y propuesta en Venezuela por los venerables patriotas Cristóbal Mendoza y Antonio Muñoz Tébar, en 1814, no había tenido eco simpático allende ni aquende el Táchira. Esa idea era, 1819, toda de Bolívar, pero había sido acogida con entusiasmo por los señores Zea y Salazar, Representantes granadi-

- 
3. El Virrey Montalvo en su Memoria de mando al Rey de España hace subir a este guarismo el número de patriotas, pertenecientes a las principales familias del Nuevo Reino, sacrificados en los dos años de 1816 a 1818 en los patíbulos, las cárceles y los presidios en trabajos y climas insalubres. —(Nota de 1892).



nos de la Provincia de Casanare en el Congreso de Angostura. Como la ejecución de ella forma uno de los hechos más trascendentales de ese tiempo; como ese pensamiento vive aún a pesar de más de medio siglo de separación, natural parece que nos detengamos algunos instantes en este terreno.

Durante el régimen colonial el Nuevo Reino y Venezuela habían sido siempre dos colonias distintas, sin relaciones comerciales ni administrativas de ningún género; pero conservaban el vínculo de común origen, común dependencia, igualdad de instituciones, lengua, religión y aspiraciones. Entre ellas, sin embargo, habían aparecido desemejanzas notables en el largo y adormecido período colonial, por la influencia de causas naturales que brevemente pasamos a señalar.

Procedía la primera de la distinta topografía de los dos países. El Nuevo Reino había sido colonizado principalmente en territorios distantes del mar, enclavados en el corazón de los Andes, en climas fríos por la mayor parte, con una población consagrada a una agricultura limitada por las necesidades de su propia sustentación y en parte a la explotación de las minas de metales preciosos. De aquí nace probablemente ese carácter tranquilo, menos expansivo, algo taciturno y poco aventurero, común a los habitantes de las montañas, que se nota en las poblaciones del antiguo Virreinato.

Venezuela, al contrario. Dividida en dos fajas perfectamente distintas de población, una de ellas ocupaba la orilla del mar desde las bocas del Orinoco hasta el Lago de Maracaibo, y la otra las extensas llanuras interiores que sin interrupción corren desde las vertientes del Apure y del Arauca hasta las Guayanas.

La primera de estas zonas tenía en la vecindad del mar grandes facilidades para la agricultura y el comercio, industrias a las que, por la ausencia de minas en los Andes de Venezuela, se consagró de preferencia la atención de los colonos venezolanos, y en las que desde antes de la independencia tenían ellos, como aún conservan hoy, decidida superioridad sobre los granadinos. Los habitantes de las llanuras tenían que ser por necesidad pueblos pastores, con todas las cualidades y defectos que esa clase de vida, de lucha permanente con la soledad y la naturaleza salvaje, ha desarrollado siempre en los pueblos sometidos a este género de ocupaciones. A esa vocación natural de su configuración física consagraron toda su actividad en la formación de grandes hatos que, a principios de este siglo, contaban por millones el número de sus cabezas de ganado vacuno y caballar.

La facilidad de las comunicaciones, por mar y por tierra, hacía más frecuentes que en Nueva Granada los viajes entre los habitantes de esos territorios, circunstancias que naturalmente debía comunicarles más amplitud de ideas y carácter más franco y abierto al trato de los demás hombres.

Dependía la segunda del tronco distinto de población sobre el que con el transcurso del tiempo, vino a ingertarse definitivamente la colonización española. Con excepción del valle del Cauca, de Antioquia y de las costas del Atlántico, en donde prevaleció la colonización africana, la raza madre en el Nuevo Reino era la indígena; mientras que en casi toda Venezuela la rama española se propagó en tronco africano, probablemente por exterminación completa de las tribus americanas, o por haberse retirado los restos de éstas a las orillas del alto y del bajo Orinoco, a donde no llegaron los establecimientos permanentes del pueblo conquistador. La diferencia entre estas dos razas primitivas de Africa y de América explica las que se notan entre las razas mestizas formadas después por cruzamiento con la española.

El africano tiene más robustez física, audacia de carácter e independencia personal. El indígena del centro del Nuevo Reino era menos fuerte y más sumiso; pero en cambio estaba más civilizado que el negro, más acostumbrado a la disciplina de la vida social, y su cerebro, más ejercitado en la observación de la naturaleza, tenía evolución más profunda y era susceptible de ideas más complicadas. La raza indígena del centro del Nuevo Reino formaba uno de los grupos más adelantados en civilización que los españoles encontraron en América: tenía una agricultura menos primitiva, comercio bastante extendido con la explotación de las minas de sal de Zipaquirá, artículo que viajaba hasta el Magdalena y Antioquia; tenía noción del valor de las esmeraldas de Somondoco y de Muzo; y de la organización social de tribus empezaba a levantarse a la idea de una nacionalidad comparativamente importante. Sus costumbres eran pacíficas, dulces y hospitalarias: los sacrificios humanos eran casi desconocidos ya, y el canibalismo, muy general hoy todavía entre las poblaciones del centro del Africa, estaba del todo abolido en esa región de América.

Los descendientes por cruzamiento español de esas dos razas atrasadas formaban, pues, a principios de este siglo dos pueblos algo distintos. El granadino, más sometido, menos vigoroso, menos audaz, más pensador, más disciplinado, tenía menos expansión de impulsos y carácter, pero más genio de organización y espíritu de colectividad. El venezolano, más robusto, más emprendedor, dotado

de más independencia e iniciativa personal, era más aventurero, más apto para la lucha en combate singular, y debía dar, como dio, “¡a la sagrada lid tanto caudillo!” —Mariño, los Bermúdez, Arismendi, José Félix Rivas, Zaraza, los Monagas, Cedeño, Carreño, Páez, Flórez, Aramendi, el *bravo Aramendi*, Jenaro Vásquez, cuyo valor incomparable era el asombro de esos días; toda esa legión de guerreros, en fin, deja el recuerdo de hazañas que en nada ceden a las que tres mil años antes dieron el privilegio de la inmortalidad a los vencedores de Troya. Nueva Granada podía dar más batallones; Venezuela más jefes; la primera más ideas; la segunda más acciones esforzadas, más hechos. El venezolano indisciplinado podía sostener más resistencia en sus guerrillas; el granadino, más acostumbrado a la vida social, podía ser más fácilmente subyugado; pero podía también presentar un frente más temible en ejércitos organizados. El uno era más terrible en los combates y más de temer en sus cóleras; más apacible el otro, podía dar a la guerra un carácter más serio, pero menos feroz. Fuéranos permitido comparar lo pequeño con lo grande, lo que ha pasado a los siglos rodeado de irradiación imperecedera, con lo que apenas ha recibido el primer rayo de una aurora de vida— diríamos que Venezuela mostraba mucho de la viril fortaleza de Esparta, y Nueva Granada algunos rayos de la inspiración generosa de Atenas; pueblos que, unidos, asombraron al mundo, y que separados en rivalidad incesante, se hundieron en el abismo de una desgracia común.

Estas diferencias eran relativas a los caracteres generales, y tenían excepciones notables en uno y otro lado. Venezuela tuvo en la primera época grandes hombres de Estado, y logró organizar ejércitos numerosos, pero siempre de poca duración. Nueva Granada dio también caudillos notables, como Nariño, Santander, Cabal, García Rovira, Girardot, D’Elhuyar, Córdova, Maza y Padilla, entre los hombres de organización y estrategia; y caudillos de lanza y portentoso valor personal, como Romerito, Nonato Pérez y otros varios; menos numerosos, eso sí, que en Venezuela, en donde la vida y la naturaleza especial de la guerra de las llanuras se prestaba más a este género de valor primitivo.

De estas desemejanzas resultaba que el orden había de ser de más fácil aclimatación en Nueva Granada que en Venezuela, y más fácil sostener la guerra contra España en Venezuela que en Nueva Granada. Cada uno de los dos países tenía los defectos de sus cualidades, y la reunión de los dos, si bien podía presentar dificultades en tiempo de paz, debía producir un todo que se completaba perfectamente en tiempo de guerra. Con la ayuda de quinientos granadinos

pudo recorrer Bolívar en triunfo todo el camino de Cúcuta hasta Caracas en 1813; con la de otros tantos venezolanos pudo repetir la hazaña en 1819 desde las márgenes del Apure hasta Bogotá. Reducido a sus propios recursos, ninguno de los dos países hubiera podido conquistar y mantener su independencia: reunidos, la obra pareció fácil y el esfuerzo fue irresistible.

Estas consideraciones decidieron la unión. Santander no había sido simpático a ella hasta 1816: el común infortunio y la lucha común impuesta por las circunstancias de ese año en adelante, lo decidió a aceptarla, tal vez tan sólo como una necesidad del momento. Las distancias inmensas, la falta de vías de comunicación y de relaciones comerciales entre los dos pueblos debían hacer tal vez imposible, o a lo menos muy difícil, una administración central durante la paz. Una federación hubiera presentado inconvenientes mucho menores; pero esa forma de gobierno había caído en descrédito en esos días, y el Libertador no tenía carácter a propósito para soportar las contradicciones y rodeos en los medios de acción que ese sistema requiere: su alma dominadora exigía en todas partes obediencia absoluta.

¿Deberemos creer que la separación posterior de los dos países ha sido eterna? ¿Que su desarrollo sigue líneas divergentes, cuya distancia seguirá aumentando con el transcurso de los años? —No lo creemos así. La marcha de los dos países ha sido tan semejante, la evolución de sus formas políticas tan paralela, las tendencias políticas, sociales e industriales tan convergentes, que en nuestro concepto la reunión de los dos pueblos no tardará en reanudarse más allá del fin de este siglo. Los recuerdos del antiguo período colonial, la comunidad de vicisitudes durante la guerra de emancipación, el sentimiento de solidaridad que ella produjo, la comunidad de glorias, aspiraciones, e infortunios, todo engendra simpatías inexplicables, gravitación inconsciente del uno hacia el otro pueblo, que el día menos pensado, con motivo de algún peligro común, surgirán repentinamente a la luz del día como una atracción providencial inevitable. Ese sentimiento de solidaridad no enseñada de que los venezolanos dieron pruebas de 1812 a 1816, viniendo espontáneamente a servir en las filas granadinas: Bolívar y Soublette. Urdaneta y Páez, los Montillas y Anzoátegui, los Carabaños y los hermanos Vásquez, Pedro León Torres y los dos Valdés, es un vínculo de unión y confederación más fuerte que el de las negociaciones y los tratados. La sangre venezolana y granadina corrió confundida en tantos campos de batalla, que hoy se ignora la nacionalidad verdadera de muchos jefes ilustres. Ha sido posible dividir la deuda exterior entre los dos países; pero no lo ha sido dividir la gloria común de La Grita. Horcones, Bárbula, Vigirima y Las Trincheras; de Boyacá, Pichin-



cha, Junín y Ayacucho. El día en que el telégrafo ponga en contacto eléctrico el cerebro de los dos países, y el ferrocarril haga solidarios los sudores del trabajo, y el correo, mejor organizado, el pensamiento del periodismo de uno y otro pueblo; el día en que el progreso de las instituciones federales asegure a cada cual la libre administración de sus intereses locales y haga palpar la indivisibilidad de sus intereses generales; el día en que se vea con claridad que las llanuras orientales de uno y otro país, llamadas a tan altos destinos, no tienen fronteras; que el Meta y el Guaviare, el Arauca y el Apure, y sobre todo ellos el Padre Orinoco y sus conexiones con el Amazonas, —no pueden partirse—, ese día se verá que el genio de los dos pueblos, unidos entre sí, completa un solo genio de nacionalidad, que los ángulos entrantes y los ángulos salientes del carácter de las dos naciones pueden fundirse en perfecta yuxta-posición, y que si la unión de los dos países fue necesaria para conquistar su independencia, la unión de las dos naciones no es menos necesaria para conservarla y darle respetabilidad delante del mundo.

No hablamos todavía del Ecuador. Sometido al yugo de sus opresores, —en parte por la tenacidad de los pastusos, población enclavada en las agrias breñas de la cordillera de los Andes, que se ostentan aquí en todo su poder, decididamente adictos al rey, en parte por los auxilios que la causa de éste recibía del fuerte ejército español de ocupación del Perú—, la Presidencia de Quito, aunque nos había precedido desde 1808 en los movimientos revolucionarios que agitaban el alma de América, todavía no pesaba en la balanza de la independencia, y sólo más tarde debía surgir a la contienda. Camilo Torres y Nariño habían concebido el pensamiento de redimirla desde 1813; pero la suerte de la guerra había detenido su marcha en los ejidos de Pasto. Complemento natural del territorio de una gran nación que habrá de extenderse desde el mar de las Antillas hasta las riberas del Amazonas; formando parte esencial de la hoya hidrográfica que entre este gran río y el poderoso Orinoco encierra el misterioso destino de un gran porvenir enlazada con vínculos etnológicos a la raza primitiva del Nuevo reino, formadas ambas, en parte, por las avenidas de ese pueblo civilizado que en tiempos anteriores a la conquista española se regó desde las orillas del lago de Titicaca; marcada por las huellas de Belalcázar con el sello de pueblo contingente de la gran nacionalidad cuyo centro de gravitación ha de quedar en la cuna de los chibchas, el Ecuador esperaba la presencia de nuestras banderas para alzar la voz de Olmedo y Rocafuerte, de Lamar y de Modesto Lárrea, que sería oída con respeto y amor en el concierto colombiano.

No podía existir organización militar para la lucha de la independencia que, puede decirse, tomaba sus grandes proporciones en 1819, sin que superior a esa organización existiese otra de poder político encargada de preparar los recursos y de unir las voluntades de los hombres. Así, desde 1819 debía principiarse la obra de la constitución política de Colombia; y en esta labor luchaban secretamente dos teorías rivales. La de las ideas europeas, de las que era depositario Bolívar, y la de las ideas americanas, alojadas principalmente en el cerebro de Santander. Estos dos hombres personifican en nuestra historia esas dos tendencias, semejantes a los dos polos de una pila generadora de la electricidad social. La vida de esos dos patriotas está hilada y confundida en una sola hebra en nuestra historia, y son inseparables la una de la otra. Algún nuevo Plutarco escribirá algún día en un trabajo gemelo esas dos vidas, y formará el paralelo que el escritor griego se complace en presentar a los ojos de sus lectores entre los personajes ilustres consagrados por las líneas de su buril imperecedero. Delante de la posteridad no hay rivalidades ni envidias; la muerte extiende a todos su palma de eterna paz y eterno descanso, y muestra reconciliadas a la luz de la historia, descornado ya el velo que ocultaba los designios de la Providencia, las almas que durante su peregrinación pasajera por el mundo parecieron antagonistas y enemistades.

Bolívar había recibido parte de su educación en España, y viajado por Francia en los momentos en que Napoleón, encadenando la revolución francesa, reemplazaba el gobierno republicano con una monarquía popular. Vastas lecturas de historia habían formado de él un sectario inconsciente de lo que en tiempos posteriores se ha llamado la *filosofía positiva*; filosofía que enseña la dominación incontrastable de los hechos y de las realidades como la primera de las leyes de la ciencia política. Según ella, en vano pretenden los hombres establecer sistemas artificiales para modelar las sociedades humanas a la medida de creaciones artificiales concebidas por la imaginación. Inútilmente se decretaría en Inglaterra la igualdad social y política: la desigualdad en todo, la superposición de capas sociales fuertemente incorporada en las costumbres, salta allí a los ojos. La aristocracia gobierna porque es la única que sabe y que puede gobernar y porque es la única a quien hay costumbre de obedecer; y esto por medio de la influencia que dan la propiedad de la tierra sobre los cultivadores de ella, de la riqueza acumulada durante los siglos sobre la pobreza hereditaria de muchas generaciones. Mientras esa situación se conserve, los propietarios territoriales dominarán el sufragio popular de arrendatarios ignorantes. Pretenden gobernar en Francia sin el concurso del ejército, y el vacío se

formará en vuestro rededor. Decretad la república electiva y alternativa en Rusia, y tanto los boyardos como los paisanos os mirarán como un enemigo de la humanidad. Los hechos son hechos, y es inútil luchar contra ellos: tanto valiera suponer que no hay océano interpuesto entre Europa y América. En política, en el gobierno de las sociedades, de hombres, domina un hecho sobre todos los demás, y es la fuerza. Fuerza de las bayonetas unas veces, de la costumbre otras, de la riqueza en todas partes, de la inteligencia en algunas, de la creencia o de la preocupación en muchas más —todo el problema se reduce a fuerzas físicas o a fuerzas morales; pero que se transforman las unas en las otras, porque fuerza física es también autoridad o fuerza moral, y fuerza moral concede dominio sobre las voluntades, que vienen a parar en fuerza física. En política manda tan sólo el que es obedecido, y sólo es obedecido el que tiene fuerza para mandar. Tales eran las teorías políticas de Bolívar. Aplicadas a Colombia, él encontraba que un pueblo sin costumbre de ejercitar sus derechos, no era capaz de ejercerlos; que sólo un pequeño número de hombres medianamente instruidos estaba en capacidad de ocuparse en los actos de la vida pública, y que, en consecuencia, ese pequeño número debía únicamente constituir el cuerpo electoral; que un círculo mucho más estrecho era quien tenía conocimientos suficientes para decidir en las cuestiones de interés público y era dueño de la confianza popular, y que en él debía recaer la representación nacional; que los caudillos libertadores eran los únicos que tenían autoridad para mandar y costumbre de ser obedecidos, y por lo mismo que ellos debían ser, porque ya eran, la clase gobernante; que sólo un jefe superior estaba en posesión del hecho de mandarlos a todos y de ser obedecido de todos, por lo cual ese debía ser naturalmente el elegido para desempeñar el poder ejecutivo. La aberración notoria de esta lógica consistía en creer que la clase gobernante tenía el derecho de transmitir por herencia ese carácter, porque esa transmisión se separaba ya del dominio de los hechos. Los libertadores no habían adquirido por herencia, sino por grandes hazañas y heroicos sufrimientos, su aureola de popularidad y respeto, y sin embargo, Bolívar quería que artificialmente se reconociese en sus herederos, por medio de una suposición algo más que difícil, esa condición procerosa y heroica de sus padres.

La autoridad feudal transmitida de padres a hijos en las viejas sociedades europeas sí era un hecho tradicional, obra de la violencia y de la fuerza en su principio, arraigado en las costumbres al través de las generaciones; y ese fenómeno de épocas caliginosas, contra el cual forcejeaban con éxito más o menos favorable los pueblos modernos del viejo mundo, por una rara contradicción del genio, pretendía Bolívar implantarlo en América.

Contra esa obra de la tradición y de la fuerza luchaban en Europa los filósofos, y combatían y habían combatido y triunfado tanto en Europa como en América los guerreros de la revolución de los cantones suizos en el siglo XIV, de la revolución inglesa en el XVII y de la revolución americana y francesa en el XVIII. Todos ellos habían sostenido que uno de los *hechos* más comprobados y positivos en materia de organización política era el de la *evolución*, ley universal de desarrollo, crecimiento, decadencia y renovación tanto en el orden físico como en el orden político; que aparte de los hechos existentes debían ser tomados en cuenta los hechos nacientes, resultado del movimiento incesante del mundo; que en política aparecía un hecho nuevo, engendrado por la influencia de la imprenta, la reforma de Lutero y los progresos de las ciencias y de las artes, al que Rousseau dio después el nombre de *contrato social*, llamado con más sencillez por otros publicistas la ley del consentimiento popular, sin el cual nada puede ser estable en los cuerpos sociales. En esta virtud, sostenían que la ciencia política se componía de dos órdenes de fenómenos distintos pero paralelos, a saber: el de los hechos existentes sancionados por la fuerza, y el de las transformaciones futuras reclamadas por las voluntades: la posesión y la aspiración, la realidad y el ideal. La América era un mundo nuevo a donde deliberadamente habían venido los padres peregrinos de Nueva Inglaterra a formar una sociedad nueva, no encadenada por las fuerzas de la tradición europea; y en donde una emigración española, sin voluntad alguna determinada, había constituido, sin pensarlo, otra aglomeración humana de la misma especie que la del Norte, una sociedad que aspiraba a la libertad y la igualdad, y que, en su mismo aislamiento de los pueblos antiguos, en los mares anchuros que la separaban de la metrópoli, tenía facilidades para realizar esa aspiración.

Al finalizar el siglo XVIII el mundo presenciaba el espectáculo de esa gran lucha entre el principio de la fuerza y el principio del consentimiento popular, y se observaba que, si en Europa se inclinaba la balanza en favor de los grandes batallones, en América caía hacia el lado de las grandes ideas. En el Viejo Mundo triunfaba aparentemente la realidad, en el Nuevo Mundo el ideal.

Como San Martín, como Miranda como todos los que habían recibido educación europea y presenciado la reacción contra la revolución francesa en el período de 1800 a 1815, Bolívar no tenía confianza en la democracia, tal vez muy poca en la república; pero en cambio, era ferviente adorador de la independencia. Inclinémosnos con respeto delante de la sinceridad perfecta de sus creencias, en nada complicadas durante su carrera de quince años de batallas con



ningún fermento de ambición personal. El se limitó a exponerlas en el Congreso de Angostura con toda lealtad, con toda franqueza, sin ningún linaje de hipocresía, y dejó que el pueblo decidiese después con entera libertad.

Convocado para 1820 el Congreso Constituyente de Cúcuta, él no quiso que las deliberaciones de esa Asamblea pudiesen ser perturbadas en nada por las operaciones militares de que en esos momentos era teatro la frontera venezolana, con la aproximación de La Torre por una parte, y los preparativos de los independentes para atacar a Maracaibo por la otra. Hizo aplazar la reunión del Congreso para 1821, e internándose después en las provincias de Venezuela con su ejército, la primera Asamblea popular de Colombia se reunió en el Rosario de Cúcuta, despejado ya el campo y retiradas a más de cien leguas de distancia todas las fuerzas militares que hubieran podido ejercer alguna influencia sobre sus deliberaciones.

Volvamos algunos momentos atrás.

Los primeros trabajos de organización civil del país, principiado en 1819, no eran obra del General Santander tan solo: en ellos habían tenido participación, en calidad de secretarios, dos hombres distinguidos que la historia debe registrar en sus anales. Eran el doctor Alejandro Osorio, secretario del General Nariño durante la campaña del Sur, milagrosamente escapado a la cuchilla española, y el doctor Estanislao Vergara, hombre de Estado, que fue después también secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, y a quien el Libertador dirigió desde su lecho de muerte, en carta fechada el 8 de diciembre de 1830, este *post-scriptum*, escrito de su propio puño, con esos caracteres desiguales e inquietos como su genio, y como la postrera despedida del águila que sentía próximo ya el término de su vuelo: "La amistad que tengo por usted es más pura que la luz del sol";<sup>4</sup> últimas líneas tal vez trazadas por la mano del héroe.

Aparte de la ratificación de los Ayuntamientos, autoridades y reuniones de padres de familia, solicitada por el Gobierno del General Santander en favor del acto de reunión de Venezuela y Nueva Granada, decretado por el Congreso de Angostura, las

---

4. Original tenemos a la vista esa carta, escrita de letra del señor Fernando Bolívar, su sobrino, que le acompañaba, y en el cual anuncia que empieza a sentir mejoría notable en su salud. El *post scriptum* parece el grito repentino de un moribundo que oye acercarse los pasos de la muerte.

medidas principales de organización del país dictadas en esos dos años habían sido las siguientes:

Organización de los grandes departamentos militares; circunscripciones, en las que más tarde debía aparecer la semilla de agrupación de los Estados federales.

Organización general de las milicias, institución esencial para todo pueblo que aspira a ser libre. A este ramo de servicio dio siempre el General Santander una atención especial en todo su largo período de mando.

Reconocimiento de las provincias con la misma demarcación territorial que les había dado el Gobierno español, y creación de la entidad nueva de los cantones, intermedia entre éstos y las ciudades y villas, únicas entidades administrativas inferiores admitidas en la colonia.

Origen popular de los Ayuntamientos de las ciudades y villas, cuyas plazas eran compradas y vitalicias bajo el gobierno español. Inútil es decir que esta reforma había tenido origen en la primera época de la independencia.

Creación de Juntas de protección a la agricultura y el comercio en las capitales de las provincias, bien que no todavía de origen popular; pero estas Juntas fueron la institución que precedió a la de Cámaras de provincia nombradas posteriormente por el sufragio popular.

Establecimiento de Tribunales en las capitales de los departamentos, pues hasta entonces la jurisdicción había sido ejercida sólo por el Virrey, los gobernadores de las provincias y los alcaldes pedáneos de las ciudades y villas, con derecho de apelación a la Audiencia de Santafé —único tribunal judicial verdadero bajo el gobierno español— y al Consejo de Indias en Madrid.

Reconocimiento de jurisdicción en los alcaldes de los pueblos, en donde nunca había existido administración de justicia inmediata al ciudadano, pues sólo la había en las ciudades y villas.

Devolución de los bienes confiscados por el gobierno español a los patriotas por causa de su amor a la independencia.

Indulto y plena seguridad en sus personas y propiedades a los amigos pacíficos del gobierno español, siempre que prometiesen obediencia a las autoridades de la República.

Arreglo del negociado de secuestros de los bienes de los españoles hostiles a la República, asunto que en los primeros días había sido materia de indigno desorden y pillaje.

Establecimiento de presidio en las minas de Baja provincia de Pamplona, pues antes sólo existían los de Chagres y Cartagena.

Primera fundación de un Lazareto en el interior de la Nueva Granada, en el sitio de Contratación, provincia del Socorro.

Fundación del museo en la ciudad de Bogotá.

Establecimiento de armería, fábrica de pólvora, nitrerías y maestranzas para la reparación del armamento, fabricación de municiones y construcción de vestuarios para el ejército.

Mejoras en la recaudación, contabilidad, rendición de cuentas y arreglada inversión de las rentas públicas.

Rigurosas medidas preventivas contra los abusos de hospedaje de militares en campaña, exacción violenta y despilfarro de bagajes y expropiaciones arbitrarias de ganado para las tropas en marcha.

Persecución rigurosa de las bandas de ladrones, formadas principalmente de soldados desertores.

Adquisición de empréstitos voluntarios mediante distribuciones equitativas entre todas las clases de la sociedad; materia que requería un espíritu de justicia y un tacto infinitos, porque se comprende que tales empréstitos tenían que ser muy frecuentes y, a la larga, excesivos.

Establecimiento de escuelas y colegios, las primeras en todos los distritos, los segundos en las capitales de las provincias. Este es el gran timbre de la administración republicana del General Santander, y el que por sí solo bastaría para darle un título incontestable a la gratitud de los colombianos. Nadie ha mostrado después el vigor y perseverancia de esfuerzos que él para poner este ramo esencial de la República en la altura que le corresponde. El General Santander es sin disputa el fundador de la educación pública en Colombia. Esos trabajos, en medio de otras multiplicadas y urgentes tareas, del atraso del tiempo, de la penuria del tesoro, de la escasez de maestros, de la ignorancia de los métodos, revela convicciones profundas, espíritu republicano de la más pura ley, y alta previsión del porvenir.

Consecuencia de todas estas medidas destinadas a inspirar confianza, fundar el orden y hacer amable la independencia, fue el espíritu republicano que predominó en las elecciones para Diputados al Congreso Constituyente de Cúcuta, primeras elecciones generales hechas en nuestra patria en ejercicio de los derechos conquistados por la revolución. Acto solemne, el más solemne de la vida republicana en que estos países iban a entrar. El Congreso se reunió al fin el 6 de mayo de 1821.

Compuesto de patriotas eminentes y probablemente de las inteligencias más distinguidas de Nueva Granada y Venezuela, era ya otra generación la que venía a poner el sello a la independencia decretada ocho años antes; entre sus miembros sólo el señor Fernando Peñalver había pertenecido al Congreso de las Provincias Unidas de Venezuela, y al de la Nueva Granada sólo José María del Castillo, los dos Restrepos y Sinforoso Mutis. La fortuna, envidiosa antes, lisonjera en estos momentos, había reservado al General Antonio Nariño el honor de instalarlo, con el carácter de Vicepresidente de Colombia. El alma generosa de este noble lidiador de la causa americana, debió de creer retribuidos todos sus largos sufrimientos con ese sólo instante de gloria.

Concurrieron a él, además, Vicente Azuero, Francisco Soto, José Ignacio de Márquez, Diego Fernando Gómez, José Cornelio Valencia, Manuel María Quijano, José Francisco Pereira, Alejandro Osorio, Miguel Tobar, Salvador Camacho y otros menos notables por las Provincias de Nueva Granada, y Pedro Gual, Diego Bautista Urbaneja, Miguel Peña, José Félix Blanco y Ramón Ignacio Méndez, entre otros, por las de Venezuela, y durante las sesiones, prolongadas hasta mediados de octubre, ocurrieron triunfos notables para las armas colombianas que dejaron resuelto definitivamente el éxito de la guerra. El 24 de junio la victoria de Carabobo, que aseguró la libertad de Venezuela; el 10 de octubre la rendición de la Plaza de Cartagena, debida en primer término a las hazañas de Padilla; la entrega de Cumaná, el 16 de octubre, al ejército de Oriente de Venezuela, mandado por José Francisco Bermúdez, y un mes más tarde, el 28 de noviembre, el grito de independencia de las provincias del istmo de Panamá, a las órdenes del General Fábrega. El primer acto de este memorable Congreso, aunque insignificante al parecer, fue un ejemplo, por desgracia no imitado después. En atención a las circunstancias de la República, los diputados redujeron la asignación de dietas, de diez pesos diarios señalados en el Congreso de Angostura, a sólo tres. En lo pequeño como en lo grande se muestran los rasgos distintivos de cada una de nuestras épocas. La piedra de toque del verdadero patriotismo es el desinterés.



Del espíritu allí dominante da testimonio el nombramiento para su primer Presidente en el gran patricio de la primera época, Félix Restrepo, cuya vida había preservado la Providencia para que a él se debiese después la ley que puso término a la esclavitud.

Sabido es que en seguida ratificó la unión de la Nueva Granada y Venezuela, bajo la condición expresa de que el gobierno de la República sería, entonces y siempre, popular-representativo, y nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona, y de que además de estas bases, la Constitución que se daría, como se dio en seguida, “contendría los principios liberales consagrados por la sabia práctica de otras naciones” (12 de julio).

Decretó también, “siguiendo los principios eternos de la razón, de la justicia y de la más sana política, en virtud de los cuales no puede existir un gobierno republicano verdaderamente justo y filatropico, si no trata de aliviar en todas las clases a la humanidad degradada y afligida —la libertad de los hijos de los esclavos que naciesen desde el día de la publicación de esa ley”—. Además ratificó la libertad de los esclavos que la habían obtenido por leyes y decretos de los gobiernos republicanos desde 1812 hasta 1816 (en cuyo caso estaban los de Neiva y Antioquia) y habían sido reducidos de nuevo a la esclavitud por el gobierno español.

Abolió el Tribunal de la Inquisición, restablecido por Morillo en Cartagena; estableció libertad religiosa para los extranjeros y sus descendientes; suprimió los tributos de indígenas, los derechos de sisa y de exportación interior (¡vergüenza! hoy restablecidos en varios Estados) y los impuestos sobre las minas de oro corrido; mandó establecer escuelas en todos los distritos y de niñas en todos los conventos de monjas; suprimió los conventos menores y mandó aplicar a la educación primaria sus bienes y rentas; estableció reglas de equidad para la conscripción militar; dio libertad a la introducción de armas y municiones, exención de porte de correo a los impresos, libertad a la imprenta, y abrió los puertos de la República al comercio de todas las naciones. Mandó establecer la contribución directa; dio providencias hacia la uniformidad de pesos y medidas; organizó la administración política y la judicial; decretó honores a los muertos por la patria y auxilios a sus viudas y huérfanos; mandó presentar expresiones de gratitud y simpatía a los filántropos que en extranjero habían defendido la causa de la independencia colombiana: los más notables entre ellos Henry Clay en los Estados Unidos; O’Connel, Sir Robert Wilson y Lord Holland en la Gran Bretaña, y el Abate de Pradt en Francia; expidió la Constitución republicana, y

nombró Presidente de Colombia al Libertador Bolívar y Vicepresidente al General Santander.

Nunca una Asamblea nacional ha tenido más derechos a la gratitud eterna de los pueblos, ninguna mejor inspirada, ninguna más laboriosa, ninguna que dejara un lampo más brillante y más puro de luz.

En el nombramiento de Vicepresidente ocurrió un incidente doloroso, cuyos pormenores y causas nos son desconocidos en parte.

Eran candidatos para ese puesto el venerable Nariño, presente en Cúcuta, y Santander, ausente en Bogotá; y nunca competencia alguna pudo ser más difícil para los que debían pronunciarse acerca de ella. El primero, prócer de la independencia desde 1794, había padecido destierros, prisiones, ruina en sus intereses y dolores supremos: había combatido por ella con un valor denodado, al que solo puede ser comparable el de los invictos caudillos de las llanuras orientales; había conquistado el concepto de ser el primer político y diplomático de los primeros días de la patria; acababa de salir de las mazmorras de Cádiz, y llegaba a la primera asamblea republicana, que ninguno, tal vez ni Bolívar mismo, tenía mejor derecho para presidir. El otro era un joven que aún no había cumplido los treinta años requeridos para desempeñar tan alto puesto; si grandes eran sus merecimientos, todavía no tal vez iguales a los de su rival; no ambicionaba ese puesto, y, al contrario, había dirigido a sus amigos congresistas, desde Bogotá, las más fervientes súplicas para que lo relevasen del mando civil y le permitiesen ir a ofrendar su vida a la patria en las batallas: “No miraré como amigo —había dicho en carta de 7 de junio al doctor Vicente Azuero— a ninguno que apoye mi continuación en el mando”. Sin embargo, por un voto de dos terceras partes el Congreso le nombró Vicepresidente. Tanta así era la confianza que una administración de dos años, en medio de las más difíciles circunstancias, había inspirado en sus talentos y en el raro equilibrio de sus dotes de mando. Esta circunstancia, que tal vez amargó los días últimos de la vida de Nariño, no fue parte, sin embargo, para inspirar a este grande hombre ningún sentimiento de mezquina envidia por su joven competidor: “No convengo con los deseos de usted —le escribía desde Tunja en carta de 17 de septiembre— de hacer renuncia de la Vicepresidencia que desempeña; los jóvenes activos y de luces, los hombres que desde el principio han estado presentes a todos los sucesos, son los únicos que pueden reorganizar la República”.

Santander se resignó al fin, y en ese nuevo puesto que abría un campo más vasto para su genio, tuvo por compañeros y secretarios a los señores Pedro Gual en la cartera de Relaciones Exteriores, José Manuel Restrepo en la de lo Interior, José María del Castillo en la de Hacienda, y Pedro Briceño Méndez en la de Guerra; nombramientos hechos por el Libertador, de acuerdo con Santander<sup>5</sup>.

(De *Papel Periódico Ilustrado* de 15 de octubre de 1881 y lo. de abril de 1892).

---

5. Este ensayo biográfico del General Santander no ha podido hasta hoy ser, pero será, completado por el autor (Nota de 1892) -.